

La lisonja y adulación degradan al que las prodiga; deprimen envilecen y deprecian a los pueblos, si las emplean para defender sus derechos. La verdad les dignifica y enaltece.

EL PUEBLO

Don Quijote simboliza el ideal precursor de las grandes obras humanas. Sancho Panza, el despreciable convencionalismo del diario vivir individual. Sin ideal, no se vive; se vegeta.

PERIÓDICO REFLEJO FIEL DE LA OPINIÓN PÚBLICA Y DEFENSOR DE LAS CLASES QUE TRABAJAN

Advertencias importantes

No se admitirán originales que no estén firmados por el autor, ni se devolverán una vez publicados. Las reclamaciones relacionadas con la publicación de trabajos literarios, científicos o sociales, se harán a la Dirección.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle Santiago, n.º 1: Centro de Sociedades Obreras

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador

Precios de suscripción

En Cádiz: Un mes, 1'00. Fuera de Cádiz: Un mes, 1'25; Suscripción para obreros, 0'60 al mes; número suelto, 0'15. Anuncios y comunicados, a precios convencionales. A las empresas editoras se les publicará el reclamo del libro que nos envíen.

CÁDIZ : 9 DE NOVIEMBRE DE 1920

NÚMERO EXTRAORDINARIO

NÚMERO 227 : : : AÑO V

A LA "UNION DE LA CLASE MEDIA"

Atravesamos una época de transición. En el mundo entero se ha entablado una lucha por la dignificación del género humano; el triunfo definitivo de la Justicia depende de la unidad de acción de todos los esclavos de la tierra; es un combate donde no deben, donde no pueden faltar todas las almas grandes, que se precien del amor al bien por ser bien, ese amor que ni arriesga ilusiones, ni aguarda recompensas, pues que solo cifra su ventura de todas las criaturas que pisan el globo.

En esta lucha no puede haber rezagados ni neutrales; el torbellino de las nuevas ideas nos envuelve a todos. Así lo ha entendido, al fin, la clase media y se apresta a organizarse para tomar posiciones en la batalla que se libra; pero al dar sus primeros pasos, se ha colocado en un plano que no es el más adecuado para su actuación; ha empezado por distanciarse de aquellos con quienes tiene forzosamente que caminar estrechamente unida, de común acuerdo, porque comunes son sus intereses, comunes sus odios, comunes su miseria, comunes su explotación, puesto que, obreros de la inteligencia u obreros del taller, a todos alcanza la dignidad de vivir que la burguesía nos niega.

La clase media en su primera reunión del Cómicó ha sentado afirmaciones y establecido normas que se apartan grandemente de la ruta que sigue el proletariado mundial para llegar a su emancipación. Las manifestaciones de los Sres. Rodríguez Alonso y Peiró por un lado, y por otro la afirmación rotunda del Sr. Alvarez Morete de que el comunismo era la miseria, el hambre y la disolución, corroboran mis apreciaciones; y ellas son las que me inducen a volver por los fueros de la razón y la justicia pretendiendo con las escasas luces de mi inteligencia destruir esa afirmación, demostrando al Sr. Alvarez Morete en particular y a la Unión de la Clase Media en general, que el comunismo es la forma única y natural de la sociedad humana, que el comunismo no es una idea nueva, ni el producto de la fantasía de ningún loco, ni miseria, ni disolución, ni hambre, sino que por el contrario, el comunismo fué la primera forma en que se agrupó la humanidad y por el comunismo se lucha desde los más remotos tiempos de la historia.

Sirvan estas breves consideraciones de justificación a mi atrevimiento al contender con el docto catedrático del Instituto D. Luis Alvarez Morete, y sean también suficientes a despertar un poco el deseo de aquellos que tengan paciencia de leer mi trabajo hasta el fin.

Después, den la razón a quien la tenga.

Las primeras asociaciones humanas.—El comunismo en Grecia y Roma : : : :

¿En qué período de evolución ha apetecido el hombre la sociedad con sus semejantes? ¿En qué época sintió la necesidad de unir sus fuerzas a las de otros para triunfar de sus enemigos o de los obstáculos que la naturaleza le oponía? ¿Fué en la edad de piedra? ¿Acaso antes cuando la humanidad comenzaba a desligarse de la animalidad ancestral? ¿Tal vez más atrás aún, cuando nada hacía presentir en su fondo, puramente animal, el futuro dominador de la tierra, y cuyo orgullo le conduciría más adelante a renegar de su origen?

Poco importa para nuestra tesis la época en que el espíritu de asociación se ma-

nifestase en la humanidad embrionaria. Para nosotros el individuo es anterior a la sociedad; no es él quien debe doblegarse a conveniencias arbitrariamente estatuidas, sino las conveniencias extrañas son quienes deben amoldarse al propio desarrollo de aquél.

No puede haber duda alguna de que las primeras sociedades humanas fueron asociaciones temporales bajo el pie de la más perfecta igualdad. Impulsados por una indefinida necesidad de asociarse, y de seguro también porque en esa asociación encontraban mayor seguridad en la defensa o una recompensa más grande para sus esfuerzos, los individuos contribuían todos con su parte de trabajo, repartiéndose el producto de éste según sus necesidades, o mejor dicho, según el resultado obtenido. Y este ensayo para pasar del estado natural de aislamiento al de asociación, indica que el futuro hombre había comprendido o sentido que solo uniendo sus fuerzas con las de sus semejantes conseguiría llegar a resistir a sus enemigos mejor armados que él para la lucha por la existencia.

Pero los más fuertes y los más hábiles supieron aprovechar en beneficio exclusi-

vo suyo esos primeros rudimentos de asociación con perjuicio como es natural para la inmensa mayoría de los asociados, que dóciles y sumisos por efecto de su mayor ignorancia, se dejaron poner el yugo, y gradualmente han venido sufriendo la autoridad y la explotación de quienes se le imponían.

Ahora bien, como esta ignorancia que hizo los resignados nunca fué general, como dentro de esta ignorancia se han desenvuelto en todas las épocas los hombres abnegados que han tratado de arrancar el velo a las mentiras sociales, que han propagado cómo y por qué fueron creadas las religiones, cómo fué creado el culto patriótico, cómo sugirió la idea de los amos, el pueblo retuvo algo de esa luz que sobre él se proyectaba, el espíritu de rebeldía se engendró en él, creciendo constantemente con la suma de iniquidades realizadas por el espíritu de dominación, aspirando de continuo al retorno de la edad primitiva, al retorno de la comunidad primera, de la comunidad libre, sin amos, sin señores, sin trabas al libre albedrío, al libre pensamiento, a la libre expansión de los derechos naturales inherentes al ser humano.

Fases de esta lucha las encontramos en la antigua Grecia en las leyes dictadas para la isla de Creta por el rey Minos y cuyas teorías comunistas influyeron más tarde grandemente sobre las legislaciones de Atenas y de Esparta.

De Esparta más particularmente, puesto que Licurgo consiguió aplicar, en la práctica y de modo duradero, la teoría comunista.

También en la filosofía griega hallamos las doctrinas comunistas.

La República de Platón tiene bien marcada esta tendencia, y en el libro también suyo *Las leyes* dice textualmente que es necesario que las riquezas sean comunes entre todos los ciudadanos, recomendando de paso que se cuide mucho de suprimir, hasta de las conversaciones, la palabra propiedad.

En la antigua Roma se desarrolla aún más marcadamente el comunismo, en las interminables luchas entre patricios y plebeyos, o sea entre los ricos y los desheredados de la fortuna.

Tiberio Graco fué el alma de las célebres

leyes agrarias, por las cuales se desposeía a los ricos de sus tierras, pasando éstas a ser repartidas entre los pobres.

Justificaba Tiberio su proposición, alegando «que los animales salvajes tenían sus guaridas y sus cuevas, donde podían descansar, y los que combatían y daban su sangre por la defensa de Italia no poseían más luz que la del cielo y el aire que respiraban. Que sin domicilio fijo, vagaban al azar con sus mujeres y sus hijos; combatían y morían para sostener el lujo y la opulencia de los demás; se les llamaban dueños del mundo, y no poseían ni un palmo de terreno».

Asesinado Tiberio por los patricios, su hermano Cayo Graco siguió las huellas de éste, y la lucha continuó más violenta, consiguiendo llevar a la ejecución las leyes agrarias; pero también fué asesinado en un motín.

Con la muerte de los Graco decayó mucho la lucha, aun cuando no cesaron los disturbios, hasta que al fin fueron sofocados por completo por el cónsul Aquilio.

Pero el año 73 antes de Jesucristo reprodujose el movimiento comunista. Espartaco, con unos cuantos esclavos escapados de Cádiz—logró reunir 70.000 hombres—en poco tiempo, y al frente de ellos, venció a los cónsules romanos en diferentes encuentros. Aumentó su ejército con estas victorias y se dirigió resueltamente hacia Roma, siendo vencido por Craso y sofocada definitivamente la rebelión dos años después.

Sucumbió la República, y al venir el Imperio, cesó por completo la lucha entre patricios y plebeyos, viniendo un período de estacionamiento en que no se volvió a hablar de repartos de tierras, limitándose los Emperadores, para contentar al pueblo, con ordenar de cuando en cuando distribuciones de víveres y organizar fiestas populares.

La Revolución francesa.—Marx, Bakunine, Kropotkin : : : :

Todos sabemos que durante la Edad Media el progreso detuvo su marcha, pero al transformarse por el feudalismo la esclavitud en servidumbre, la humanidad sacudió su letargo y acudió a la antigüedad griega y romana en demanda de orientaciones, porque no había otras fuentes entonces. Resucitaron las antiguas controversias y se destacaron por sus teorías comunistas Tomás Moro y Campanella, inspirados ambos en las doctrinas de Platón.

Con este resurgimiento de las clases populares coincidió un hecho, quizás el más importante en la Historia de la humanidad.

Un obrero, perdido entre la muchedumbre, cortó el alfabeto en pedazos de metal, que cada uno llevaba una letra de relieve; después sepultaba la mano en este polvo de la palabra y reproducía el pensamiento del manuscrito en tantos ejemplares cuantos lectores creía encontrar.

La imprenta puso la cultura de la inteligencia al alcance de la plebe, del estado llano. Gutenberg vertió en el alma de cada hombre el alma entera de la humanidad.

Un nuevo mundo se gesta desde este momento. Un pensador emite una idea, y la palabra caída de su pluma circula rápida, súbitamente, en el mundo de la inteligencia. La verdad nueva extiende su auditorio en toda la anchura de Europa. Cualquier hombre habla en todas partes a la vez. El espíritu responde, de un horizonte a otro, al espíritu; la imprenta creó la uni-

dad de razón, es decir, la opinión pública, la comunidad del pensamiento; transformó la humanidad en una vasta escuela, donde todos, humildes y fuertes, conducían una parte de verdad.

Bajo la fuerza impulsiva de este maravilloso invento, el siglo XVIII tomó la palabra y pronunció la más grande, la más sublime que el hombre pueda oír: la palabra Derecho; derecho de creer, derecho de pensar, derecho de trabajar, derecho de desenvolver y desarrollar, en una palabra, la vida humana en toda su plenitud.

El derecho que defendía Montesquieu; el derecho que proclamaba Rousseau, el derecho que Voltaire defiende y que lo hace hasta el último trance; y que para defenderlo, toma todos los tonos, todas las formas, todas las arinas; el verso, la prosa, la comedia, la tragedia, la historia, el libro, el folleto, hasta el extremo que él da su nombre al siglo, él es su representación carnal, quien le representa de arriba abajo, desde el poder real hasta la plebe, porque forma un sólo poder, el poder de todos los poderes, el espíritu público.

Y para coronar la obra, viene Mirabeau: Mirabeau habla, y todo se desploma; poder real, nobleza, Iglesia; el triple poder que había reinado en la Edad Media.

La Revolución vence, la transformación se opera, y de todo ese mundo de terror que encerrado en castillos se llamó feudalismo, no quedó como muestra más que una torrecilla desmantelada, para dar testimonio del pasado.

Pero la Revolución francesa, al destruir antagonismos seculares, al luchar contra el feudalismo, se fijó en la igualdad política y no en la igualdad económica, sin la cual no hay verdadera igualdad posible. De sus escombros nació la burguesía, que creó nuevas fuerzas y con ellas nuevos antagonismos.

Las reminiscencias ancestrales, pues, perduran en la transformación y la explotación de la colectividad en provecho del hombre continúa.

Toda una filosofía social se trama alrededor de la excitación latente en que la colectividad se entrega. Todos los pensadores se sienten inducidos a refrenar los deseos colectivos, fracasando por no resolver íntegramente el anhelo fundamental que en forma difusa ya el pueblo concebía.

Este se convenció muy pronto que al transferir el poderío de la nobleza a la burguesía había abortado la revolución. El pueblo sacrificado por el nuevo estado de cosas, continuaba tan misero y esclavo como antes; únicamente se había alterado en condición en que habían cambiado de amos. Este desconsolador cercioramiento se trocó progresivamente en descontento. Había que empezar de nuevo. Los poderes de la revolución no solo no satisfacían los anhelos del pueblo, sino que a la par los doblegaban. Renacieron las organizaciones secretas; y renacieron una vez más con aspiraciones comunistas. Babeuf fué el alma de los nuevos clubs revolucionarios. Pero todavía el comunismo de Babeuf es incompleto, adolece de muchos errores, por cuanto quería armonizarlo con el principio político de autoridad; pero aún cuando así fuese, él estaba otra vez en marcha. La protesta contra el escamoteo de la revolución, era una realidad, era indudable que actuaba, cristalizando un día en aquella intencional que se conoce en la Historia con el nombre de *Conspiración de los Comunistas*, y que fué sofocada fácilmente.

En ella perdieron la vida Darthé y Ba-beuf los cuales se dieron de puñaladas en presencia de los jueces que los condenaron a muerte.

Pero las ideas lanzadas no cayeron en el vacío; germinaba en todas partes la semilla comunista. La obra fué continuada por hombres que se llamaron Saint-Simón, Bazard, Pierre Leroux, Fourier y otros, aun cuando ninguno de ellos llegó a presentar soluciones definitivas.

Mas éstas llegaron al fin. Surgieron un día Marx, Bakunine y Kropotkin y el problema entró en vías de resolución definitiva. Marx, crea; Bakunine, ejecuta; y Kropotkin, armoniza con su definición concreta el problema social planteado entre el hombre y la colectividad, confundiendo las conveniencias de ambos en su teoría comunista surgida de la definición en que Carlos Marx sintetiza su filosofía cuando dice: «a cada uno según su trabajo» Kropotkin reconoce que antes del fenómeno de la producción se manifestó el de la necesidad; que la tierra produce a satisfacción de la colectividad, demostrando el error Marxista, que si bien propicio a la abolición de castas y el predominio de clases, sin embargo protege a los aptos y a los fuertes, dejando latente la desigualdad social, y Kropotkin replica: «a cada uno según sus necesidades» que es el reconocimiento pleno del derecho a la vida: es la deposición de todas las extralimitaciones en que el hombre ha incurrido a través de la historia para someter a su antojo a la colectividad; revive en él, el grito irredento tantas veces ahogado en sangre, grito de amor e inmortal justicia, sagrado de una humanidad feliz en que todas las diferencias deben desaparecer, en extinción de todas las miserias, en la armonía entrevista de una serenidad perfecta que es el único orden y la suprema paz.

Kropotkin, con esa premisa se dirige a los hombres procurando hacer vibrar en su corazón las fibras de la piedad: siente el dolor ajeno, su alma se conmueve y canta el evangelio del porvenir.

¿Han hecho caso los hombres a este llamamiento?

El actual momento histórico nos dice que sí.

La gran utopía económica de Kropotkin es la finalidad a que universalmente tienden los hombres del trabajo, en esta gran cruzada revolucionaria que tiene la virtud de atacar los propios cimientos del organismo capitalista, fracasado por completo como capacidad administrativa y directiva de los pueblos. La guerra mundial ha sido una comprobación terminante al respecto, habiendo tenido además la virtud suficientemente grande de despertar el entendimiento de los pueblos y hacerles comprender la obra magnánima que las horas del tiempo le tenían reservadas para su acción revolucionaria.

La libertad, la equidad y la fraternidad que se le prometió para lanzarlo a las trincheras, el estertor de la muerte apoderándose de la vida de miles y miles de jóvenes ágiles, atrevidos y fuertes; las extensas columnas de fuego apoderándose de pueblos enteros sin el menor respeto al sexo como a la edad de sus habitantes; el rugido ensordecedor del cañón imprimiendo a su paso, el pánico, la desolación y la muerte de ciudades enteras, en fin, el dolor y el crimen manifestándose aquí y allí y en todas partes donde la guerra cruzara, despertó las fibras sensitivas del hombre, del pueblo, e hizo reflexionar. La duda mordió entonces en las entrañas mismas de la credulidad ambiente de los hombres de la guerra.

La miseria, el hambre y la ruina del hogar, fué el premio que en obsequio a sus grandes sacrificios en la guerra, halló a su regreso el pueblo que vivía del fruto de su trabajo.

Todo esto le hace pensar, y la conciencia imprime en su haber un nuevo estado de cosas algo confusas al principio y bien claras después. Y la rebelión extiende tanto más sus alas cuanto más se reduce el alma creyente del esclavo salario.

La revolución halla en dicho estado de alma, un amigo más, un grupo defensor, una inmensa colectividad, dispuesta a sacrificarse por ella. Y con la revolución el sistema económico del comunismo como único medio más capaz para satisfacer las necesidades creadas, que todo otro medio registrado en la historia de los pueblos civilizados.

El pueblo, las masas trabajadoras se han convencido ya o se van convenciendo que a pesar de todas las libertades que le can-

tan sus eternos explotadores, siguen siendo los parias, los mendigos en el régimen social presente; se han convencido de que mientras exista un gobierno existirá una dominación; y el hombre no necesita ser mandado. Lejos de necesitarlo le estorba esa dominación para su desarrollo, para que adquiera voluntad propia, para que tenga iniciativa, para que a sí propio se baste.

Acostumbrado a ser dirigido no acierta a moverse por sí, y en tanto se le siga mandando, continuará sin aprender a mandarse a sí mismo.

Porque la voluntad no se crea en los sometidos sino en los que se les deja solos.

Y el gobierno solamente sirve para coartar la felicidad de los hombres, para castigar a quienes la buscan en tal o cual forma.

Estas verdades han penetrado al fin en los cerebros de los oprimidos, han comprendido al fin cual es su destino en la tierra y se disponen a conquistarlo.

Vivimos, pues, en pleno período revolucionario; el choque es inevitable: los acontecimientos no puede detenerlos ninguna ley, ninguna medida.

La lucha que a través de los siglos se viene sosteniendo va a decidirse en los presentes momentos históricos. La descomposición social ha llegado a su período álgido. El sistema capitalista establecido sobre la propiedad privada y la explotación del hombre tiene contadas sus horas en el reloj de la historia. Desaparecerá lleno de oprobios y su desaparición cerrará la era de las esclavitudes.

Los derechos naturales

Ante la profunda renovación que fatalmente ha de operarse en la estructura y estamentos de la sociedad, se precisan definiciones concretas, claras, terminantes, que encaucen el movimiento por el verdadero derrotero que conduzca a la humanidad hacia su total emancipación, hacia la completa reivindicación de sus derechos usurpados.

Hay que hablarles claro a los trabajadores; hay que decirles la verdad; hay que marcarles la orientación hacia donde han de dirigir sus pasos, para que el movimiento que se avecina no sea un fracaso más de los muchos realizados en el curso de la Historia.

Al punto que hemos llegado, no podemos conformarnos con que se nos conceda una parte de nuestras legítimas aspiraciones, con que se nos reconozca una parte de nuestros legítimos derechos: es necesario que nos lo den todo, sin traba ni restricción alguna; pues sólo así volverá el hombre a ocupar su puesto en la Naturaleza, ese puesto que por tantos siglos le ha sido usurpado.

Y ese puesto es uno sólo, como uno es el principio de la existencia universal; como una es la armonía del Universo; como uno es el movimiento general de nuestro globo.

Para convencerse de ello, no hay más que estudiar un poco la Naturaleza, analizar los derechos del hombre en la misma, los derechos que esa misma Naturaleza le concedió.

Pero antes hemos de analizar lo que es el derecho; porque el derecho definido por la ciencia oficial, ciencia del sofisma y del error, vana y deleznable, que todos los privilegios y tiranías sustenta, venal y mercenariamente; esta ciencia, que pudiéramos llamar del obscurantismo erigido en sistema, no nos da luz alguna que nos guíe en el dedalo inmenso de las contradicciones sociales. Todos invocan el derecho, todos preconizan atacarle, y, sin embargo, el derecho se halla desconocido, con ser lo que más se controvierte.

La ciencia oficial, repito, nada ha dicho respecto al derecho con relación a las necesidades de la vida; todo lo más, ha tratado de definirlo, afirmando que *es dar a cada cual lo suyo*; pero como esto no satisface, no puede satisfacer, por cuanto falta saber *todo lo que a cada cual corresponde* con relación a su organismo, aptitudes, y sobre todo, a los deberes que cumpla: de aquí la deficiencia y poca claridad de esta definición, que no precisa, que no sintetiza de una manera clara y distinta la idea del derecho sin que dejar pueda lugar a la duda, a la vacilación, al litigio, siendo así que este último de nada nos ha de servir para alcanzar lo que nos corresponde dentro de una jurisprudencia convencional, fundada, autorizada y sostenida por el privilegio, interesada en que éste se sostenga, pues no da ninguna regla *natural, moral ni social* para sancionar aquella definición;

jurisprudencia que, en verdad, no nos atendería ni podría atendernos sin tomar siquiera en cuenta nuestras reclamaciones, por graves y serias que fuesen, contra el derecho escrito.

Por tanto, sin prejuzgar más la cuestión, el derecho es y ha de definirse así:

La exigencia imperiosa, ineludible, que surge de la propia naturaleza, que irresistiblemente todo ser, todo organismo siente y conoce para asimilarse cuanto necesite para su conservación y desarrollo de sus aptitudes, en relación directa con las necesidades de la vida, con la relación material del ser, física e intelectualmente considerado, a fin de que esté al alcance de todos producir su propia realidad.

Tal es la soberanía, la majestad de derecho; que es ya en su misma esencia, un mandato que requiere, inflexiblemente obediencia, por cuyo hecho es ilegible, anterior y superior a toda ley, como que es la ley misma; anterior a todo pacto, a todo convenio social; sobre él no hay autoridad alguna; no hay madre, no hay padre, no hay sociedad.

Definido así lo que es el derecho, veamos cuales son los que la Naturaleza le ha concedido al hombre.

El hombre nace, el hombre determina su existencia y desde este instante mismo, tiene *derecho a la vida*, que es su primordial derecho, la esencia de todo derecho, esencia de donde emanan todos los demás derechos: derecho a la propia conservación y a cuanto a ella es conducente, y por cualquier medio, por la razón de que la conservación de la vida no espera ni puede tener interrupción.

Todos los preconizados derechos, sin este derecho de asociación, derecho a la libre emisión del pensamiento, derecho de reunión etc., etc., no significan nada, no tienen absolutamente importancia alguna, en el realismo material de la existencia, puesto que no podrá ejercerlos; porque si el hombre no vive si no se alimenta convenientemente, para reparar a tiempo sus pérdidas; si el hombre no habita en moradas que reúnan condiciones higiénicas y atractivas, si no se abriga de un modo confortable, si no desarrolla y acumula todo el bienestar y comodidades que fisiológicamente su ser exige, reclama su naturaleza y su organismo necesita para vivir con salud perfecta y lucida razón, dicho se está que huelgan todos los demás derechos que son su inmediata consecuencia y que se le infiere el más insultante de los sarcasmos al concedérselos sin haberle garantizado el primero: el derecho a la vida.

Todos los hombres, puesto que nacen, deben necesariamente conservarse, y para ello, tienen que asimilarse cuanto es conveniente al desarrollo del ser, cuanto es conveniente a la misma trasmisión de la vida, para que la especie se reproduzca con todas las condiciones de buena complejión, de salubridad y de fuerza; a fin de que el desenvolvimiento sea lo que debe ser dentro de las leyes de la Biología.

Es, pues, el derecho a la vida el primer derecho que la sociedad ha de garantizar, porque el ser con que el hombre nace es el primer caudal de todos, la única hacienda que no se puede enajenar, porque el ser humano como todo ser pertenece a la vida grande, a la armonía universal.

La Sanidad ha de ser la necesaria de la Naturaleza: ha de respetar y proteger lo que la Naturaleza hizo; si no lo hace así, si el ser humano, si la vida del ser humano no tiene su defensa y su consagración en la Sociedad, esta sociedad no es lo que debe ser, esta sociedad es un delirio y un despojo.

Este dilema no varía ya se crea en Dios o se niegue su existencia.

Para el ateo como para el creyente la lógica es igual.

Si de un Dios venimos al ser con que nacemos, lo ha creado Dios.

Si de la Naturaleza procedemos, el ser con que venimos a la vida lo ha creado la Naturaleza.

Naturaleza o Dios, no admite duda alguna que la verdad con que el hombre nace, el ser que el hombre trae al mundo, es tan necesario, es tan ley de vida, como el aire en la atmósfera, como la claridad en el astro, como la solidez en la tierra.

Viene, pues, el hombre al mundo, para realizar su naturaleza, para el cumplimiento de su destino. Viene al mundo para ser hombre. Viene a la vida para hacer de la vida una verdad, la primera verdad de este mundo, porque es el retrato de la verdad de la naturaleza.

Al garantizar, por tanto, la sociedad, la vida del ser humano, tiene forzosamente

que garantizar también las fuerzas y aptitudes que son naturales en nosotros, las facultades con que nacemos, asegurando su libre ejercicio.

La primera facultad con que el hombre nace y va unida inmediatamente al derecho a la vida, es la facultad del trabajo.

Es el primer derecho que se desprende del derecho a vivir.

El trabajo es el principio inicial de toda vida, de toda civilización, de todo desarrollo personal y social.

El hombre, por el trabajo, domina la materia por refractaria que le sea; acierta con la relación social más real y necesaria, por la cual se da a sí mismo; por eso el trabajo se confunde con el amor, y como él, es lo más libre, irresistible y fecundo.

Decir, pues, al hombre: «no trabajes en tal o cual cosa, no explotes el tabaco, la sal, los fósforos; no importes esto o lo otro; no explotes tus fuerzas con todos los recursos de la naturaleza, del comercio, de la industria, del arte», equivale a decirle: «Vive, no como lo quieren tu desarrollo, tu mejoramiento, tus comodidades, sino como lo quiere mi monopolio, como lo ordeno yo, que soy el Estado; existe, no en la existencia que tienes, sino con la que yo te fraguo. Tu fuerza no es tuya; tu brazo no es tuyo; tus goces no te pertenecen; el bien de tu familia no te toca; todo es mío. Si trabajas en eso o en lo otro que no es mío, te sepultaré en un calabozo.

¿Qué premio obtiene, pues, el trabajo en infinitas ocasiones? El presidio. Ahí está la estadística criminal, que no me dejará mentir.

¿Por qué está ese hombre en la cárcel? Porque explotó la sal. Y a la explotación de la sal le ha puesto el código un nombre. Contrabando. Y lo ha calificado como un delito.

Y ese otro hombre, ¿por qué arrastra un grillete? Porque explotó el tabaco. Y a la explotación del tabaco la ha señalado el código como un fraude a la Hacienda pública. Y lo ha calificado también como un delito.

Luego el trabajar explotando la naturaleza, esa naturaleza que no es señorío de nadie, no es querer vivir, no es ejercitar un derecho; nuestro sistema le llama crimen.

El querer vivir trabajando en lo que a uno le plazca, ejercitando de un modo útil nuestras fuerzas, no es una virtud; no es la virtud universal; nuestro sabio sistema, nuestro régimen social, no lo considera así; le llama delito.

La sociedad, pues, al coartar o suprimir el derecho al trabajo, comete otro atentado a la Naturaleza.

Porque el trabajo es la prueba más fehaciente de la dignidad y autonomía del ser. Yo trabajo, luego soy libre, luego me pertenezco; no puedo servir de medio; tengo en mí, por mí y para mí, mi propio fin y existencia. Esto es, soy autónomo; nada ni nadie me rige, sino por la inclinación de mi impulso, o sea voluntad, y por el consentimiento soberano de mi razón.

Así es, que es el trabajo, la cualidad esencial de nuestra libertad, la dignidad del ser, en conveniencia misma, y su medio adecuado y propio; el ser, la pasión, el impulso y la vida en todas sus manifestaciones.

Otra de las facultades con que nace el hombre, es la facultad de pensar y como derivadas de ésta, la facultad de transmitir su pensamiento de palabra o por escrito, la facultad de reunirse, de asociarse, de creer, de elegir, etc., facultades todas tan inherentes a su naturaleza como lo son las de moverse, ver, oír, comer, dormir o pasear.

Porque tan naturaleza del hombre son el pensamiento como la vista; la creencia, como el sueño.

Esto no habrá quien pueda negarlo; esta lógica no hay quien pueda rebatirla.

¿Qué se diría, pues, del legislador que hiciese una ley en la cual se dijera: «se prohíbe que el hombre duerma, que el hombre oiga, que el hombre mire, que el hombre ande»?

Se diría positivamente que ese legislador estaba loco.

Pues tan loco como ese legislador está el que establece una ley en la cual se dice: «se prohíbe que el hombre se asocie, que el hombre se reúna, que el hombre piense, que el hombre hable, que el hombre crea, que el hombre elija».

Tan absurdo, tan bárbaro, tan atentador, es prohibir una naturaleza que se llama pensamiento, palabra, creencia, juicio, como prohibir una naturaleza que se llama ojos, oído, tacto, olfato y paladar.

Todo aquello que con nosotros nace es

naturaleza en nosotros. Por tanto si nacemos en la facultad de pensar y con la facultad de ver y oír, el medio de pensar es tan natural como el de mirar y escuchar.

¿De donde viene, pues, el arbitrio supremo de convertir en crimen una de las virtudes esenciales de mi ser humano? ¿De donde viene la soberanía de poner un fiscal sobre la ley inexorable de mi naturaleza, naturaleza que es en mí, lo que la armonía en el sistema del Universo? ¿Dónde está el poder humano que pueda abrogarse la facultad de permitirme mirar y prohibirme escribir una idea?

¿Permitirme la vida en los ojos, en los oídos, y prohibirme la vida en el movimiento, en la razón y en la conciencia!

¿Puede concebirse, puede imaginarse, una abominación más grande, una abominación más inhumana, más torpe y más repugnante?

¿Quiénes sois vosotros para proscribir en la libertad de mi pesamiento, al género humano, a la unidad humana, los deberes y los derechos de todo el mundo?

¿Como es posible que la sociedad humana pueda fundarse sobre la destrucción del ser humano?

Si el hombre ha de existir del todo, ha de existir en el todo de sus elementos; esto es, en el libre ejercicio de su tiempo, de su vida, de su pensamiento, de su voluntad, de su trabajo; en el libre ejercicio y en el desarrollo completo de todas sus fuerzas y aptitudes; en el desenvolvimiento cabal y perfecto de todo su cuerpo y toda su alma.

Hay que volver a la edad primitiva :

Por todo lo expuesto, llegamos a una evidencia irresistible, a una evidencia la más poderosa. A primera vista no vemos su poder como tampoco vemos el calor de la sangre, ni la verdad incontrastable de un axioma; pero aquel poder es el gran poder de este mundo; el poder que viene triunfando desde el principio de la creación en las necesarias revoluciones de la vida, en los diferentes trastornos de la humanidad, en las eternas lides de la historia.

¿Cuál es esta evidencia de que hablamos? Esta evidencia es la siguiente:

Hay que cumplir lo que en el hombre ha hecho Dios, si Dios es el origen.

Hay que cumplir lo que en el hombre ha hecho la Naturaleza, si la Naturaleza es el principio.

La divisa del derecho es única; o se cumple el hombre, o no se cumple nada en la humanidad; o el hombre se cumple, o la humanidad es una infracción de la ley, de una ley eterna, porque eterna es la ley de la vida.

Para que el hombre se cumpla en la humanidad hay que reintegrarle en todos sus derechos naturales.

Los derechos naturales del hombre son las fuerzas o aptitudes con que nace.

Cada facultad, cada atributo, cada poder, cada principio de su naturaleza constituye un derecho. Esto quiere decir que la creación natural de su vida equivale a la creación política y social de su derecho, como la creación política y social de su derecho equivale a la creación natural de su vida.

Esta es la perfecta semejanza que debe buscarse entre la naturaleza y la sociedad. Este es el axioma generador de todos los demás axiomas. Si olvidamos o desconocemos o infringimos esta suma justicia natural, la sociedad no puede ser más que un despropósito, una usurpación, un despotismo, una ruina y un escándalo.

El hombre nace con la facultad de vivir, de usar del tiempo, de pensar, de creer, de hablar, de transmitir su pensamiento por medio de la palabra, de asociarse, de reunirse, de constituirse en familia; y al nacer con todos esos atributos, hay que aceptar que todos esos atributos son naturales del hombre. Y como la sociedad no es otra cosa que una consagración y una custodia de la naturaleza, es evidente que todo derecho de la naturaleza debe ser un derecho de la sociedad.

Si la sociedad no está constituida así; si la sociedad no guarda y custodia esos derechos, la sociedad es el robo de la Naturaleza, y hay que rechazarla como se rechaza al ladrón.

El hombre tiene la inviolabilidad de vivir contra el monopolio del verdugo; la inviolabilidad del tiempo contra el monopolio de la religión; la inviolabilidad de la inteligencia contra el monopolio de la cátedra; la inviolabilidad del pensamiento contra el monopolio del fiscal; la inviolabi-

lidad del trabajo contra el monopolio administrativo; la inviolabilidad de la razón de todos contra el monopolio de los tribunales; y al tener la inviolabilidad de realizar de este modo su vida, debe estar en posesión de esos derechos.

El hombre, pues, viene mermado, mutilado, oprimido, desde la creación del mundo. El hombre ha sido robado a la humanidad, o la humanidad ha sido robada al hombre desde el mundo antiguo, puesto que no se ha hecho otra cosa que legislar para ese robo: el robo de la naturaleza humana.

Y como esta situación del hombre no es la natural; como el hombre, hasta el presente, no ha cumplido la misión a que lo ha destinado la Naturaleza, su posición en ella ha de cambiar indefectiblemente.

Nuestro destino ha de cumplirse, y nuestro destino en la Naturaleza es realizar un día la unidad humana dentro de la gran asociación de todos los hombres, consagrada su personalidad con la plenitud de todos sus derechos.

El mundo antiguo y el mundo moderno, fundados por igual en la esclavitud, en la negación de la unidad humana, deben desaparecer, tienen que desaparecer, para dejar paso a un mundo fundado en la libertad, fundado en la unidad humana.

Hay que volver a la edad primitiva. Hay que retornar al tiempo en que el hombre vivía todavía libre, en que el hombre no lo había esclavizado todavía otro hombre y vivía en el más puro comunismo, forma natural y única de la sociedad humana.

Esto nos lo dice la razón; esto nos lo dice la historia; esto nos lo dice la misma naturaleza en todas sus manifestaciones.

Profundicemos con nuestra mirada los siglos pasados; y después de penetrar lo que la historia hizo en el Asia; lo que hizo en Grecia; lo que hizo en Roma; lo que hizo en Israel; lo que hizo en el pueblo judío; después de penetrar la transfiguración que experimenta la vida con la doctrina de Jesucristo; después de aprender lo que sucedió en el siglo IV; después de aprender cuál fué el espíritu de donde brotó el renacimiento, la revolución del siglo XVI; después de pasar revista a una vida de sacrificios, de amarguras, de excomuniones, de destierros, de procesos y de calabozos; después de todo esto, empezaremos a comprender que este movimiento febril que se

observa hoy en todo el mundo, que este despertar a la vida, que esto que va y que viene, esto que nos empuja, esto que nos lleva, este gran desorden en la forma, que tiene por objeto poner orden en los fundamentos del mundo, no es otra cosa que el retorno a la vida primitiva, aquella vida en que no existían los Poderes políticos, ni los Poderes teocráticos, ni príncipes, ni reyes, ni nobles, ni castas privilegiadas: el retorno hacia el hombre libre, hacia el hombre capaz de realizar su naturaleza, esa naturaleza, esa verdad ilegible, ese clamor del Universo, que es su eterno destino.

La Libertad

No hay más que una razón, la razón humana que es patrimonio de la humanidad; como no hay más que una verdad, una justicia y una libertad.

Y la razón humana nos grita constantemente que la Naturaleza es una obra bella y armónica donde no cabe enemistad ni lucha sino compañerismo y armonía; nos dice, que el hombre tiene un fin que cumplir mientras habite en la tierra a que ha sido destinado sin pedirlo ni quererlo; que el hombre no es esclavo del hombre sino que cada uno es dueño de su destino y no debe dar cuenta a otro hombre de sus acciones sino a su propia conciencia, que es la que ha de regularlas; nos dice que hay que ser solidarios los unos de los otros porque pertenecemos a la misma especie y el mismo mundo; que el egoísmo no es la virtud; que el hombre ha nacido para el bien, para la verdad, para la justicia y para el amor; que su destino es su mismo perfeccionamiento en armonía con su naturaleza; nos dice que no es la autoridad sino la libertad el criterio que regula las acciones humanas, porque la autoridad es la violencia consagrada, impuesta con dolor; es la abrogación de primicias de la soberanía ajena arrancadas airadamente en el asalto al patrimonio de los pueblos: es el capricho del más fuerte imponiendo su hegemonía por el terror; nos dice, en fin, que la sociedad no está constituida como debe serlo, por cuanto no responde a los fines de la Naturaleza, sino que por el contrario está en completa contradicción con ella, en todos los órdenes de la misma.

Y esto no puede continuar así si la humanidad quiere ser feliz. Si la humanidad quiere ser feliz ha de destruir tal estado de cosas, ha de procurar la desaparición del Estado, el fin de todas las oligarquías, la abolición de toda autoridad, la desvinculación del individuo de la subyugación oprimiente y vejatoria de todo dictado que no emane del fuero de su conciencia para hacer su voluntad; ha de ir al comunismo libertario, que es la igualdad, la fraternidad, el altruismo; todo de todos; máquinas féreas, suelo, sub-suelo, industria, agricultura, comercio. Esto es lo justo y lo noble: que la humanidad tome posesión de lo que ella misma con su esfuerzo ha creado para su bienestar.

El individuo libre en su manifestación espontánea, libre en sus acciones, relaciones, sin trabas, sin pasiones mezquinas, teniendo por luz la ciencia y por estímulo el progreso.

Porque la libertad es imprescindible para armonizar la sociedad con la Naturaleza, el individuo con la sociedad. La libertad hace al hombre dueño de sus actos, y por consiguiente de su destino, no automática que se mueve a capricho de sus gobernantes.

La libertad es la expresión más propia de nuestra naturaleza, es el sello grabado en el sublime tabernáculo de la conciencia humana, para engrandecer al hombre estimulándole a la lucha contra el mal, no para que sucumba bajo el fatal destino, sino para que vencida la naturaleza, describa su armonías; para que triunfante de los crímenes y miserias del orden social, nos revele su belleza.

En la libertad está la fuerza motriz, incontestable que empuja la sociedad hacia el cumplimiento de su misión; la libertad es la que alienta, fecunda y protege el trabajo, engendra los caracteres enérgicos y abre todas las válvulas a la actividad humana.

En la libertad está el aire vital que deben respirar los pueblos, para formar conciencia clara de su destino, y voluntad firme y sostenida para realizarlo, libre de errores y preocupaciones que lo extravían de egoísmos e intereses extraños que la desvirtúan.

Por eso las generaciones en su peregrinación por la tierra han buscado la libertad; por eso la historia está llena de guerras tremendas, las ciencias de aspiraciones generosas, porque la libertad es la sustancia de la naturaleza del hombre, el alma. Palabra que conmueve el corazón y cautiva la inteligencia; palabra que ha poblado de héroes, de artistas y de mártires la tierra; palabra que centellea en la frente de los poetas, cuando abren las alas de su imaginación; que inunda de luz el alma del filósofo cuando se arroba en contemplar la verdad; palabra que pronunciaban los que morían por la patria en las Termóphilas, y los que morían por Dios en los circos romanos, y los que morían por la humanidad en las luchas de todos los tiempos; palabra que está grabada en la frente de todos los mártires, que está grabada indeleblemente en el fondo de nuestra conciencia; palabra por la cual se han sacrificado infinitas generaciones, y que resuena como un hueco sin fin desde las primeras hasta las últimas páginas de la humana historia.

Lo que busca y quiere el Comunismo :

Por esa libertad luchamos los comunistas, porque nos apoyamos en algo más respetable que la tradición y la rutina, en algo más respetable que el interés estrecho de partido; porque nos apoyamos en la naturaleza del hombre.

Y sin embargo, esta aspiración nuestra la combaten nuestros esclavizadores, presentándola como una amenaza constante de lo existente, que lleva el odio en el corazón, que sólo piensa en la destrucción y en la muerte; presentándola como una idea disolvente que tiende a acabar con el orden, con la paz, con la familia, con la sociedad; y de ahí toman el pretexto para la persecución sistemática contra ella emprendida en todos los tiempos, el pretexto para levantar una muralla de granito entre la ley natural y el despotismo humano.

¡No! El Comunismo no es eso; el Comunismo no es tampoco la miseria y el hambre que decía en su conferencia del Cómicó el docto catedrático del Instituto, D. Luís Alvarez Morete; el comunismo quiere y busca el bien para todos, sin excepción de ningún hombre.

Porque siendo el bien la ley de la vida,

busca vida para todo el que vive, y aun para aquellos que han de vivir, puesto que quiere vida buena para todo el que debe nacer.

El comunismo quiere que el hombre sea hombre; no rico injusto, ni noble holgazán, ni ladrón, ni asesino, ni esclavo, ni déspota.

El comunismo quiere que el hombre vuelva a la humanidad, o que la humanidad vuelva al hombre.

El comunismo busca la verdad, la virtud y la justicia para todos, porque con la injusticia, con la mentira y con el vicio, no podemos proporcionar el bien, que es la ley del mundo.

El comunismo busca el bien de todos, dentro del derecho de todos; esa es la fórmula suprema de la libertad y de la justicia; la redención aplicada a las sociedades; la redención social; la nueva creación del hombre, la creación que rehacerá el globo, que rehacerá la vida.

El comunismo busca y quiere la creación del hombre libre y justo; el comunismo quiere una humanidad en que los industriales no vivan para la industria, sino la industria para los industriales; en que no vivan los obreros para la riqueza, sino la riqueza para los obreros; en que no viva el menestral para la menestra, sino la menestra para el menestral; porque el obrero vale más que su obra, el creador vale más que lo creado, el sillero vale más que la silla.

El comunismo quiere y busca riqueza, educación, cultura, goces, dicha, moralidad, para toda criatura humana, puesto que el Universo no ha sido creado para uno, ni para dos, ni para cien, ni para mil, sino que ha sido creado para todos.

El comunismo quiere y busca que acabe la lucha de clases, porque esta lucha es la protesta perenne contra la tiranía del amo, contra la tiranía del señor, contra la tiranía del rico, cuya tiranía es la tradición de los reyes, de los nobles y de los frailes.

El comunismo busca y quiere la desaparición del mundo de los caballeros, de los grandes maestros, de los barones, de los condes, de los marqueses, de los duques, de los dictadores, de los clérigos, de los frailes, de las monjas, para hallar el mundo de los obreros, de los comerciantes, de los sabios, de los artistas.

Queremos los comunistas destruir el privilegio, y no que el privilegio venga a nuestras manos; queremos justicia para los mismos que han sido injustos; para los mismos que nos tiranizan; queremos ser verdaderamente hermanos de los que han remachado nuestros hierros. Queremos la abolición de toda tiranía, porque no queremos ni que los mismos esclavizadores sean esclavos; queremos dar libertad a todos los hombres, también a los despotas porque son esclavos de su tiranía; también a los injustos porque son esclavos de su injusticia; también a los malos porque son esclavos de su maldad; queremos que todo el mundo sea feliz; también los que nos oprimen, también los que nos fusilan, porque mientras nos opriman y nos fusilen serán malos y siendo malos no pueden ser felices. Queremos, en fin, que caigan los cadalsos, que los pueblos se unan, que todas las inteligencias abran sus alas a la luz del día, que este ser privilegiado de la Naturaleza que se llama *hombre* y que ha pasado por un largo martirio, que su conciencia ha sido una urna cineraria, que su voluntad se ha perdido a las plantas de los tiranos; que abofeteado, escupido, maltratado, puesto en lecho de cenizas, coronado de espinas, herido en el corazón, crucificado por los fariseos de todos los tiempos, ha sido paria, después esclavo, propiedad de un señor, sin familia, sin sociedad, siervo más tarde arrastrándose en tristísimo trabajo, sin amparo en el mundo, proscrito, descalzo, desnudo, sintiendo el hambre, la sed, el frío, sintiendo el dolor de mil afrentas, logre definitivamente conquistar la plenitud de su ser, realizar el fin para que la Naturaleza lo creó.

Por qué teme la burguesía al comunismo

Esto queremos los comunistas; esto pretende el comunismo.

¿Cómo, pues puede estar inspirado el comunismo, en la destrucción y la muerte que dicen nuestros enemigos? ¿Dónde está su maldad?

¡Oh! Su maldad está en la imaginación de los poderosos por sus repletas cajas, en los privilegiados por la fortuna, en los políticos de oficio que se nutren del Presupuesto, en todos los que sin trabajar viven y gozan del producto ajeno.

¿Y por qué? por el miedo a lo desconocido; porque tienen conciencia exacta de su propia ignominia; por el terror que envuelve su alma ante un ajuste general de cuentas. Porque vuelven la vista al pasado y se espantan del montón de odios que han acumulado en el pueblo; porque en visión macabra desfila ante su vista espantada el cortejo de sus infinitas víctimas, la lista de sus innumerables crímenes; porque ven pasar la hoguera; el caldoso, la guillotina y la barra; porque contemplan los regueros de sangre proletaria; porque recuerdan los asesinatos de Sócrates, Séneca, Galileo, Giordano Bruno, Juan Hues Russel, Sidney, Dolet, Guillermo de Praga, Herver, Savonarola, Babeuf miles más; porque siguiendo la visión pasan ante su vista los mártires de Chicago, los ametrallamientos de París en Fumies y en Benavento, la Noche de San Bartolomé, la semana sangrienta de Barcelona, el cadáver ensangrentado de Ferrer, las infames torturas del castillo maldito, las ejecuciones de Jerez, el montón de cadáveres mutilados del Barranco del Lobo, las jornadas de Milán, las masacres de la Avenida de Mayo, la Siberia de los zares; los desterrados, los procesados, los encarcelados, los hogares sin padres, las novias sin amantes, los padres sin hijos, las madres sin consuelo, los ríos de lágrimas y de sangre de este último y grande crimen que no tiene igual en la Historia, los infinitos dolores, en fin, que cada vez más extienden sus alas dominando conciencias y fecundando odios, odios de clase iluminados por un ideal de justicia y que todos representan un solo fin: el aplastamiento del pensamiento humano, de la humana aspiración a través de los siglos y las edades.

Este desfile de crímenes, esta lista de dolores, es la que pone espanto en su alma y les hace temer el día de la justicia.

Por eso tratan de desvirtuar vuestras ideas, combatiéndolas por todos los medios, ya sea persiguiéndolas con saña fiera, ya presentándolas a la opinión como ideas de exterminio y disolución de la sociedad.

Empeño vano el suyo: contra las ideas no sirven los obstáculos, ni las persecuciones; ellas triunfan, a pesar de todo; no hay poder que pueda profanar sus fueros; no hay lógica que holle sus derechos.

La idea, grande como el astro del día, lo invade todo y todo lo somete a la fuerza de los rayos de su criterio; invisible, ella penetra en todas partes; impalpable, nada escapa a su contacto; y más sutil que el éter, arrasa los tronos y los Poderes que se le oponen al paso; porque la idea es númer que mece todos los pensamientos; es el pensamiento que embarga todos los acontecimientos; es el acontecimiento que hizo prorrumpir a Balmes: «el mundo marcha; el que lo quiera detener, será aplastado; y el mundo continuará marchando...»

Nuestra idea, pues, triunfará porque es buena; triunfará, porque busca el bien de todos, porque bajo la ley del odio no es posible la ley del amor; porque bajo la ley de la tropelia no es posible la ley de la equidad; triunfará, para desterrar de los pueblos esas tropelías y ese odio.

A la Clase Media

Pero para que su triunfo sea más rápido es necesario ayudarla, es necesario colaborar todos los que en el régimen social presente tienen derechos que reivindicar.

Entre éstos se encuentra la clase media, es decir, la clase intelectual, que es la única que tiene derecho a llamarse clase media. (Los otros que mezclados en ella pretenden llamarse así, son sólo sanguijuelas que viven chupando la sangre a los de abajo y a los de enmedio).

A este fin, recuerdo la traducción de los versos de un poeta, que dicen:

«En la tarde de un día cálido, la Naturaleza se adormece a los rayos del sol, como una mujer extenuada por las caricias de su amante.

El gañán, bañado de sudor y jadeante, aguijonea los bueyes; mas de súbito se de-

tiene para decir a un joven que llega entonando una canción:

—¡Dichoso tú! Pasas la vida cantando, mientras yo, desde que nace el sol hasta que se pone, me canso en abrir el surco y sembrar el trigo.

—¡Cómo te engañas, oh labrador!— responde el joven poeta.—Los dos trabajamos lo mismo y podemos decirnos hermanos; porque si tú vas sembrando en la tierra, yo voy sembrando en los corazones. Tan fecunda es tu labor como la mía; los granos de trigo alimentan el cuerpo; las canciones del poeta regocijan y nutren el alma.

Esta poesía nos enseña que se hace tanto bien al sembrar trigo en los campos como al derramar ideas en los cerebros; que no hay diferencia de jerarquía entre el pensador que labora con la inteligencia y el obrero que trabaja con las manos, que el hombre de bufete y el hombre de taller, en vez de marchar separados y considerarse enemigos, deben caminar inseparablemente unidos.

Pero esta unión o alianza de la inteligencia con el trabajo no puede ser a título de una jerarquía ilusoria en que el intelectual se erija en tutor o lazarillo del obrero, como pretendía y aconsejaba en su conferencia el Sr. Alvarez Morete al dirigirse a la clase media, reunida en el Teatro Cómico.

No es a la igualdad relativa a lo que aspira la humanidad, sino a la igualdad absoluta.

El que un hombre sea más inteligente que otro no le dá derecho a dictarle leyes, porque colocándonos bajo el punto de vista filosófico y aceptando esta teoría, también el más fuerte puede abusar de su fuerza para obligar al inteligente a servirle, pues si hay quienes se vanaglorian de la actividad de su cerebro, también hay quienes se jactan de la fuerza de sus músculos.

El rústico podrá ser incapaz de comprender un problema de fisiología resuelto por el sabio, pero este sabio es también incapaz de criar ganado o de saber sacar partido de un campo.

Sobre esto podrán los intelectuales argumentar cuanto quieran; podrán estimar la ciencia del sabio muy por encima de la del campesino, pero con toda su argumentación no podrán negar, tendrán que reconocer, que si el sabio contribuye al progreso intelectual de la humanidad, el labrador y el pastor proveen a las necesidades materiales, que si no fueran satisfechas, no sería posible tampoco realizarse los progresos intelectuales. No por esto puede afirmarse ni deducirse la conclusión de que el trabajo del campesino sea más necesario para el hombre que el del sabio, no; pero si puede afirmarse sin que nada ni nadie pueda rebatirlo que el complemento del uno con el otro es imprescindiblemente necesario para que la sociedad esté bien organizada, pero que deben ser libres para buscar cada cual su felicidad según la conciben, sin que por ningún motivo tenga el uno derecho a oprimir al otro.

Hoy día, en el desconocimiento de las leyes sociales en que nos debatimos, que no se puede decir vivimos, existen separados y antagónicos el hombre de la ciencia y el hombre del trabajo, el sedentario y el trabajador, el abstractor que se eleva a regiones incommensurables, sin las fuerzas que pueden sostenerle, falto de los detalles que habrían de robustecer sus teorías, y el que se confunde casi con la máquina por carecer de las nociones indispensables para el desarrollo de sus aptitudes y condiciones; no hay propiamente división entre el trabajo intelectual y el trabajo material, pues, componiéndose el organismo humano de fuerzas cerebrales y fuerzas musculares, y estando en relación constante todas ellas, como influidos entre sí, no puede efectuarse ninguna clase de trabajo, por ínfimo que sea, ora de la una, ora de la otra especie, sin que ambas fuerzas se interesen y repercutan; lo que falta es equilibrar estas fuerzas que relacionan los músculos y nervios con el cerebro para

el mejor desenvolvimiento del individuo y de la ciencia misma, pues perfectamente equilibradas, serán mayores y más prepotentes sus esfuerzos, y su éxito más seguro y tranquilo puesto que no se podrán desarrollar las unas a expensas de las otras.

La clase media hasta aquí escatimó para el trabajador con su frío y calculador criterio los gozes de que disfruta, cometiendo el error inaudito de creer que sus intereses no eran los mismos, la explotación de la fuerza del trabajo y el monopolio de los productos, y con su yerro ha sido impotente para el bien y para la salud de los pueblos.

El obrero de la inteligencia está tan sometido al capital como el obrero manual. El capital se aprovecha de los inventos, de las máquinas no para que sean un descanso del hombre, un ennoblecimiento del trabajo, sino para enriquecerse más y más.

La clase media, pues, al unirse y organizarse, no ha de hacerlo para permanecer en la zona templada, en la zona neutral; al decidirse a tomar puesto en la lucha entablada, tiene que hacerlo francamente, resueltamente, al lado nuestro, pues si pretende actuar de dique contenedor a lo que ella ha llamado demasías de los de abajo; si pretende reducir su actuación a recordarnos que hemos sido educados sobre la riqueza espiritual representada por ella, entonces, ¡oh!, entonces, la clase media será arrollada por el torbellino revolucionario y será la primera en sufrir las consecuencias de su cobardía o su mala fe contra las legítimas aspiraciones de los eternos parias de esta sociedad maldita, basada en el privilegio, en el latrocinio, en el despotismo y la explotación.

No; vosotros no podeis permanecer en medio: si el corazón de vosotros los intelectuales late verdaderamente al unísono con la humanidad; si como verdaderos poetas os decidís a intervenir activamente en esta lucha del bien contra el mal, entonces, mirando este mar de tristezas cuyas olas barren el suelo a vuestro alrededor, frente a gentes que perecen de hambre, en presencia de esos cadáveres amontonados en las minas, de esos cuerpos mutilados por el bárbaro principio de autoridad, viendo a esas largas filas de deportados que en horrible caravana pululan por las carreteras, a la vista de esta desesperada lucha sostenida entre los gritos de dolor de los vencidos y las orgías de los vencedores, entre el heroísmo contra la cobardía, y entre la noble resolución y la despreciable astucia, no podeis permanecer neutrales, vendreis a colocarnos al lado del oprimido, porque sabeis que lo hermoso, lo sublime, el espíritu mismo de la vida están al lado de aquellos que luchan por la luz, por la humanidad.

Obreros de la inteligencia u obreros del taller, a todos nos alcanza la dignidad de vivir como hombres libres, que la burguesía nos niega: obreros como nosotros, debeis estar a nuestro lado y laborar por el advenimiento de una sociedad que no imponga trabas al Arte ni a la Ciencia, donde la Ciencia pueda ser difundida sin cortapisas y utilizada para bien de todos. Nosotros somos el trabajo; vosotros, su organización: los dos unidos haríamos la revolución menos sangrienta, porque a la resistencia burguesa no tendríamos que añadir la vuestra, que sois la parte técnica, el engranaje y la arteria principal de la vida industrial, y de momento, comercial y financiera; no habría más violencia que los chillidos de la burguesía, que no encontrarían más eco que sus propias ambiciones.

Sois los representantes de la riqueza espiritual; vosotros mismos lo habeis dicho en el acto del Cómico.

Pues bien; siendo así, colocad vuestra capacidad al servicio de la buena causa; ayudados con vuestra clara lógica a combatir las preocupaciones y a establecer con vuestra síntesis los cimientos de una organización mejor; venid a nosotros, poned vuestras plumas, vuestro lápiz, vuestro cincel, vuestro escalpelo, vuestras ideas, al servicio de la revolución; si teneis un átomo de sentimiento en el corazón, venid y poned vuestro servicio a disposición de

aquellos que lo necesitan. Pero tened presente, si venis, que no lo haceis como amos, sino como compañeros de penas; que no venis a gobernar, sino a fortaleceros en una nueva vida que se eleva constantemente hacia la conquista del porvenir; que más que a enseñar, venis a recoger las aspiraciones de los más; a adivinarlas, a darles forma y a trabajar entonces constantemente con todo el fuego de la juventud y el juicio de la edad madura, para hacerlas posibles en el momento actual: entonces, y sólo entonces, seguireis una conducta verdaderamente noble; y una vez establecida esta sublime armonía entre vuestras acciones y lo que os dicta vuestra conciencia, obtendréis facultades que nunca soñasteis pudieran dormir latentes en vosotros mismos.

Si no lo haceis así, huelga vuestra organización, puesto que el pueblo trabajador se seguirá preguntando ¿Dónde está esa gente a quien se ha enseñado a nuestra costa, a quienes alimentamos y vestimos mientras estudiaban? ¿Dónde están aquellos para quienes hemos edificado con nuestros hombros agobiados bajo el peso de nuestros estómagos vacíos, esos colegios, esas salas de conferencias y esos museos? ¿Dónde están los hombres para cuyo beneficio nosotros con nuestros rostros pálidos y demacrados hemos impreso esos hermosos libros, muchos de los cuales ni aún podemos leer? ¿Dónde están esos profesores que pretenden poseer la ciencia y para quienes la misma humanidad no vale tanto como un insecto raro? ¿Dónde los que siempre están hablando de libertad y nunca tratan de conquistarla, viéndola constantemente pisoteada a sus pies? ¿Dónde esos escritores y poetas? ¿Dónde, por último, está toda esa falange de hipócritas que hablan del pueblo con lágrimas en los ojos, pero que jamás por ningún concepto se encuentran entre nosotros ayudándonos en nuestro trabajo? ¿Dónde están?

No es posible, pues, que al organizarnos, que al decidiros a actuar públicamente en la solución del pavoroso problema que envuelve a la humanidad, lo hagais sin sumaros decididamente a nosotros, sin poneros resueltamente a nuestro lado para procurar destruir hasta en sus cimientos este régimen social de oprobio y de vergüenza.

Vosotros mejor que nadie estais penetrados de cuales son los principios del comunismo, a pesar de que el doctor Alvarez Morete haya dicho que es la miseria y el hambre; al hacerlo, mentía a sabiendas; vosotros comprendéis el verdadero significado de la revolución que hoy está llamando a nuestra puerta; vosotros sabeis que la historia que hoy no es más que un cuento de vieja sobre grandes reyes y grandes hombres de Estado, tiene que volverse a escribir bajo el punto de vista del trabajo hecho por las masas en la larga evolución del género humano; que la economía social que hoy es puramente la santificación del robo por el capital, tiene que reconstruirse de nuevo, lo mismo en sus principios fundamentales que en sus innumerables aplicaciones: que la antropología, sociología y ética, en fin, deben ser completamente refundidas y que las mismas ciencias naturales deben sufrir una profunda modificación, lo mismo en lo que se refiere a la concepción de los fenómenos naturales que respecto el método de exposición.

Vosotros sabeis todo eso y porque lo sabeis tendreis que venir con nosotros a trabajar con vuestros hermanos en la preparación de esa revolución que barriendo todo vestigio de esclavitud, destruyendo ligaduras y cadenas y rompiendo con viejas y gastadas tradiciones, abra a todo el género humano un nuevo y ancho campo de feliz existencia estableciendo al fin la verdadera libertad, igualdad y fraternidad en la sociedad humana; trabajo de todos y para todos; el goce completo de sus necesidades; el total desarrollo de todas sus facultades: una vida racional, feliz, humana, la vida dentro del comunismo.

FRANCISCO LÓPEZ VERA.